



# BOLETÍN DEL CLERO

DEL

# OBISPADO DE LEÓN

EXHORTACIÓN PASTORAL  
para el Santo tiempo de Adviento

Nos el Dr. D. Juan Manuel Sanz y Saravia,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES  
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIÁN, ETC., ETC.

*A nuestro Excmo. Cabildo Catedral, al Ilmo. Cabildo  
Colegial de S. Isidoro, al venerable clero, á las Comu-  
nidades religiosas y á los fieles todos de nuestra Diócesis;  
salud en nuestro Señor Jesucristo.*

Et invenietis Infantem. (Luc. 11 - 12)

Lo que es la Cuaresma con relación á la Pascua de Resurrección, es el Adviento con relación á la Pascua de Navidad; época destinada especialmente á purificar nuestros corazones por medio de la oración, de la penitencia y de la meditación de las verdades eternas, disponiéndonos de este modo, para recibir dignamente al Deseado de las naciones, al Mesías verdadero, cuya venida al mundo y aparición entre nosotros vamos una vez más á conmemorar. Salid al encuentro del Señor

*excite oliviam Domini*, nos dice la Iglesia al llegar este tiempo, preparar sus caminos, *parate vias ejus*, nos repite en su liturgia. Y ciertamente, si el pueblo de Israel tuvo que prepararse con tanto esmero, para recibir la ley promulgada en la cima del monte Sinaí, para cruzar las aguas del Jordán y penetrar en la tierra prometida ó para celebrar sus fiestas simbólicas ¿cuál no debe ser la preparación de los cristianos, para recibir al Dios del cielo, al Legislador Supremo, al Salvador Divino, Cristo Jesús? ¿Y en qué debe consistir nuestra preparación? ¿con qué disposiciones hemos de recibir al Dios-Niño?

El evangelista S. Lucas, en breve frase, nos manifiesta los caracteres, que presenta este Rey inmortal, al hacer su entrada en el mundo, caracteres que nos enseñan la disposición y el adorno con que nuestra alma debe salirle al encuentro. Hablando de la aparición del Angel á los pastores nos dice, que el embajador del cielo les dió esta señal para que conociesen al Salvador: *et invenietis infantem panicis involutum et positum in praesaepio* y encontraréis al infante, envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Así se manifiesta el Hijo de Dios; tal es el aparato con que se dá á conocer el descendiente de David; de este modo aparece en el mundo el que venía á enseñar al mundo con su ejemplo. Niño, en pañales y en un duro pesebre —Dios hecho Niño ¡ qué humildad !; el que es Señor soberano y dueño de la creación, envuelto en pañales ¡ qué pobreza !; el que es la felicidad misma, reclinado en un pesebre ¡ qué mortificación ! Humildad, pobreza, mortificación, hé aquí las señales con que se dá á conocer el Salvador de los hombres, y tales son las virtudes, que se nos piden, para que dignamente nos acerquemos con los pastores al Infante divino.

Limitémonos á reflexionar unos momentos sobre la humildad, exponiendo sus fundamentos, su poder y su necesidad.

## I

Entre las muchas definiciones que se han dado de la humildad, creemos muy completa la de Monseñor Gay, en su tratado sobre la vida y las virtudes cristianas, cuya doctrina nos servirá de guía en esta primera parte de nuestra exhortación.

La humildad, dice, es una virtud que, ilustrada por cuanto

Dios se digna revelar á sus criaturas acerca de lo que El es y de lo que son ellas, las mueve al abajamiento de sí propias.

Efectivamente, la luz que se irradia del Padre de las luces, alumbrá para nosotros dos regiones á un mismo tiempo, á saber: la región de lo infinito que es Dios y la región limitada si, pero vasta y profunda que es el hombre; y como Dios ha querido hacer de aquellas dos regiones una sola juntándolas en la persona de Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero, para descubrir los fundamentos de la humildad, preciso es estudiar estas tres mencionadas regiones: Dios, el hombre y Jesucristo.

Cuando miramos á Dios con los ojos de la razón y con los ojos de la fé, todo lo que de Dios vemos, es verdaderamente inefable, pudiendo únicamente decir que es plenitud de todas las cosas: plenitud de ser, plenitud de perfección, plenitud de derechos.

Plenitud de ser, porque nada hay en Dios que no sea necesaria, absoluta é infinitamente. Plenitud de ser, porque todos los seres, que no sean él, de él tienen todo el ser que tienen. Dios es también plenitud de perfecciones; cada cual de estas perfecciones es en sí misma un mundo, y cualquiera de ellas considerada como atributo de Dios, y en Dios contemplada, es un verdadero abismo. ¿Qué idea nos formaremos pues de la perfección de Dios, sabiendo que las perfecciones divinas son innumerables, y que comparado todo lo que sabemos acerca de Dios, incluso lo que El mismo se ha dignado enseñarnos, comparado todo esto á lo que Dios sabe de su propio ser y sobre todo á lo que El es, nuestra sabiduría no es más que ignorancia y nuestras luces no son más que tinieblas? A esta plenitud de ser y de perfecciones se une la plenitud de derechos, plenitud que es en realidad la misma que las anteriores, porque en Dios todo es una misma cosa, pero que nuestra mente la concibe como distinta. Derechos que, en si mismos considerados, son en Dios eternos como la esencia en que subsisten. Dios es eternamente creador, aunque crea en tiempo; Dios es eterna y esencialmente soberano, aunque las criaturas, en quienes ejerce su soberanía, le sean posteriores; siempre Señor absoluto, ley esencialmente primitiva, derecho absolutamente supremo.

Ahora bien, estas plenitudes, que mediante la luz de la fé

y de la razón divisamos en la divina esencia, forman el principio generador de la humildad. Porque ¿quién al contemplar los derechos, que Dios tiene sobre el hombre, derechos que excluyen toda obligación, no dobla la cabeza mudo, sumiso, obediente y postrándose abatido, se humilla con humildad de sumisión? Y al meditar sobre la plenitud de las perfecciones divinas, ¿cómo es posible no perciba el alma que está en presencia de quien es todo y todo lo demás es nada? ¿y qué es este acto de confesión y reconocimiento, sino una humildad de adoración?, humildad, que remontándose por cima de todo lo creado, sube al trono del Excelso y canta con la Iglesia: *Tu solus Sanctus, Tu solus Dominus, Tu solus Altissimus*. Y por último, al reconocer en Dios la plenitud del ser y el ser de todo ser, el alma aun ceñida de todas las diademas que pueda la tierra dar, se repetirá á sí propia con el Apóstol: *¿Quid habes quod non accepisti?* ¿qué tienes que no hayas recibido? Y cuando ese alma hubiera padecido todas las tribulaciones del Santo Job y todas las angustias de la Crucifixión, como un San Francisco de Asís, y fundado treinta y dos conventos como una Santa Teresa, y contribuido á la paz de la Iglesia como una Santa Catalina de Sena, ó bien hubiese convertido á tantas naciones infieles como un San Francisco Javier, ó trabajado en fin como un San Pablo y amado como un San Juan, entonces se postrará delante del que lo es todo, y esclamará con humildad de glorificación: *Regi saeculorum, inmortalis, invisibili, soli Deo honor et gloria*. Todo honor y toda gloria sea para solo Dios Rey de los siglos, inmortal é invisible.

Hé aquí como el conocimiento de Dios, primera región que hemos contemplado nos lleva naturalmente á la humildad.

\*  
\* \* \*

Al descender ahora con nuestra consideración á esa segunda región limitada sí, pero vasta y profunda cual es el hombre, encontraremos motivos muy poderosos para humillarnos. Y en efecto ¿qué es el hombre? Si consideramos nuestra vida moral de cuyos actos somos autores y responsables, nos hallamos con el pecado; ¡el pecado! ¿quién puede sondear este abismo? si por el fruto se conoce el árbol, dice Jesucristo, por

el estipendio se conoce el pecado, y este estipendio es nada menos que la muerte, la muerte del cuerpo primeramente, callada como el sepulcro, sombría como la noche, devoradora como el fuego y caminando paso á paso sin apresurarse, pero también sin pararse nunca. Pero la muerte del cuerpo es lo de menos, porque bien que hija del pecado, no es mal absoluto, El verdadero estipendio del pecado es esa segunda muerte, de que habla la Sagrada Escritura, la muerte total, radical, sin resurrección posible; el absoluto divorcio entre el ser y la vida absoluta, en resúmen el infierno inacabable. Allí es donde se ve al pecado con toda la intensidad y toda la extensión de su horroroso fruto; mal infinito que hace vanos los afanes, las lágrimas y el derramamiento de la sangre preciosísima del Salvador. ¡Ah! la humildad que al pecador cumple no es meramente la de sujeción sino la de abyección. Unid á estas consideraciones las de vuestras propias miserias naturales. ¡Cuántos errores y preocupaciones en nuestro espíritu! ¡Cuántas ignorancias aun entre los más sabios, cuántas dudas, distracciones y olvidos! Penetrad en el fondo de vuestro corazón y descubriréis ora insensibilidad que raya en dureza, ora arrebatos cual de fiera desatada. ¿Y las miserias de vuestra voluntad? ya flaca y cobarde, allí donde ser debiera fuerte y valerosa; ya obstinadamente invencible, allí donde la fé y la razón la manda ceder. Unid además á todo esto las miserias de las tres concupiscencias y las miserias de nuestro cuerpo al nacer, mientras vivimos, al morir y después de la muerte. ¡Oh y cuán imperioso motivo para que seamos humildes! Aunque Dios no fuera lo que es, bastaría ser nosotros lo que somos, para humillarnos profundamente.

Estudiemos ya esa tercera región, venero del caudaloso río de la humildad, confluyente de los otros dos.

\* \*

Conjunto maravilloso, en quien se admiran la plenitud de la divinidad y la nada de la criatura, único ser, única persona que en su indivisible unidad es real y absolutamente Dios y Hombre, tal es Jesucristo.

La humildad en cuanto es freno, que sujeta la inclinación,

que sentimos, á encumbrarnos, no puede ser atribuida á Dios, pues en Dios no cabe orgullo, pero en cuanto es una laudable inclinación al abajamiento propio, podemos decir, que de todos los seres ninguno hay que tan profundamente se empequeñezca como Dios; díganlo la creación, la asistencia de Dios á sus criaturas, hasta el punto de que parece haber criado Dios al hombre, no tanto para que le sirva como para servirle Dios á él; díganlo las relaciones naturales y sobrenaturales de Dios con los seres, dígalo su proceder para con los pecadores; dígalo, en fin, la vida de Dios en sus santos y en su Iglesia.

Con esta humildad divina júntase naturalmente en Jesús la que es propia de las criaturas. Miradle únicamente en el misterio que vamos á celebrar, contempladle en Belén. Aquí, como dice el Apóstol se humilló á sí mismo *humiliavit semetipsum*. Sí, se humilló á sí mismo. Es el Mesías prometido al mundo; los profetas le anunciaron, los pueblos lo esperaban, la tierra suspiraba por su venida, *utinam dirumperes coelos et descenderes* (1) ¡Ah! ¿Por qué no rompéis los cielos y bajáis? Y sin embargo viene desconocido, su pueblo le trata como á extraño y los suyos le rechazan como á un pobre importuno. *In propria venit, et sui eum non receperunt* (2). Vedlo, oscureciendo á propósito el brillo de su nacimiento; nace como el hijo de un pobre artesano, el que es de la raza de David; ¿qué digo? Nace como no nacen ni aun los hijos de los pobres... en un establo... en un pesebre... en la compañía de viles animales. No solo oculta su divinidad bajo las formas de la humanidad, sino que su misma humanidad está abatida hasta las enfermedades y debilidades de la infancia. ¡Qué humillación! Un Dios hombre hecho semejante á los niños, privado como ellos del uso de la palabra, de la libertad de sus movimientos y dependiendo en todo de la voluntad de los que le rodean.

Hé aquí lo sumo unido á lo ínfimo, lo eterno á lo temporal, lo infinito á lo limitado, el ser por esencia al anonadamiento, Dios á un niño; *et invenietis infantem*.

¡Cómo se descubre y se manifiesta ya el fundamento de la

---

(1) Isai. 64-1.

(2) Joan. 1-11.

humanidad! Ante un Dios hombre que se humilla ¿quién se ensalza?...

¡Dios, el hombre, Jesucristo, hé aquí tres regiones, que bien consideradas y meditadas, nos llevan necesariamente á la humildad!

Delante de Dios ¡qué pequeño es el hombre! Ante la consideración de nosotros mismos ¡qué miserable es el hombre! Ante el ejemplo de Jesucristo ¡qué humilde debe ser el hombre!

No nos limitemos á conocer los fundamentos de la humildad, estudiemos ahora su poder.

## II

La humildad es una virtud del todo evangélica. Los sabios antiguos no la conocieron; los sabios modernos, los que siguen la falsa filosofía fundada en el orgullo del *yo* humano, la conocen y la desprecian.

Para esa filosofía mundana la humildad es una debilidad indigna de toda alma elevada; con ella nada grande puede concebirse ni ejecutarse; priva de la emulación de la gloria y solo sienta bien á las almas mezquinas, á quienes la naturaleza niega la energía de carácter y la conciencia de su dignidad natural. Nada más lejos de la verdad que esta afirmación racionalista é impía. Precisamente la humildad cristiana lejos de ser una debilidad es un gran principio de fuerza, un gran elemento de poder.

Y efectivamente: muy errados van los que quieren hacer consistir la humildad en esa bajeza de alma rastrera, que se envilece delante del hombre sin consideración alguna á la divinidad; ella por el contrario se hermana de tal modo con el sentimiento de nuestra dignidad, que lejos de rebajarlo ó extinguirlo lo eleva y lo engrandece; ella en efecto enseña al hombre á desconfiar de sí mismo, pero al mismo tiempo le ofrece el apoyo de un Dios, y sostenida por estas dos áncoras, que tocan la una al cielo y la otra á la nada, encuentra el verdadero punto de apoyo, desde el cual como poderosa palanca puede remover el mundo.

El humilde discípulo del evangelio, que medita grandes cosas para gloria de Dios y bien de sus prógimos, echa una

mirada sobre sí mismo, y al conocer su debilidad dice con el Apóstol San Pablo: «yo nada soy, nada puedo»; pero después levantando su consideración á Dios, se alienta, se anima y lleno de resolución sigue diciendo con el mismo apóstol: «pero todo lo puedo en aquel que me conforta»; y entonces Dios, que confunde á los soberbios y comunica sus gracias á los humildes, se complace en confundir lo que es, ó cree ser algo, con lo que no es, escogiendo á los humildes para sus grandes obras.

La historia del pueblo santo, no es más que el cumplimiento literal de estas palabras: «todo el que se ensalza será humillado, todo el que se humilla será ensalzado». Empezando por la torre de Babel, no parece sino que todos los monumentos y todos los esfuerzos del orgullo humano se han elevado más, para caer más estrepitosamente, al paso que todo lo verdaderamente grande y útil, todo lo que ha tenido fuerza y duración, ha sido fundado por la humildad, empezando por el universo mismo, fundado en la nada. La grande empresa de libertar al pueblo de Dios, cautivo bajo el poder de Faraón en Egipto, y conducirlo á la tierra de promisión, la realiza la humildad de Moisés que, desconfiando de sí mismo, se apoya en el poder de Dios, quien al confiarle tan sublime misión le dice: ve y di á los hijos de Israel: el que es, me ha enviado á vosotros; es decir el ser por esencia, el que todo lo puede se ha valido de mi pequeñez, para sacaros de la esclavitud.—¿Quién derrota al soberbio Goliat con todo su formidable ejército sino la humildad del pastorcillo de Belén, David? El, en efecto, contestó á las provocaciones arrogantes del filisteo, pertrechado con toda clase de armas, con esta sencilla frase: «yo vengo en el nombre de Dios», como si dijera: «Dios se ha valido de mi pequeñez y de mi nada, para humillarte y derribarte en tierra, sin más armas que mi débil honda» ¿Quién salva á Bethulia de los errores de un largo sitio sino la humilde Judith? ¿Quién, por último, pone en libertad á las tribus cautivas de los furiosos de un implacable enemigo, sino una débil mujer, Esther?

Si del antiguo pasamos al nuevo testamento, descubriremos también el poder de la humildad en todos los acontecimientos más admirables, en todas las más grandes empresas. Díganlo la humildad de doce pobres pescadores convertidos



en apóstoles, quienes asombran al mundo con su ciencia, pregonando el Evangelio en toda la tierra, y siendo la admiración del siglo de Augusto; díganlo el paganismo postrado ante la humildad de la cruz, la historia de los mártires, la transformación radical, que se obra en las ideas filosóficas, en las costumbres domésticas y en el gobierno de las sociedades. Y por último, los Santos Padres, con sus obras, los anacoretas con sus austeridades y los fundadores con sus órdenes religiosas, aparecen de distancia en distancia en el camino de los siglos como otros testimonios del poder de la humildad, repitiéndonos la sentencia del Apóstol: las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes.

Dirijamos ahora una mirada hacia la cueva de Belén, y en el tierno Infante, que nace para nosotros, descubriremos toda la fuerza y poder de la humildad. Tienen una aplicación muy propia á este misterio las palabras del Apóstol: *humiliavit semetipsum... propter quod et Deus exaltavit illum*. Y efectivamente, ¿no admiramos la exaltación de la humildad del Reciennacido envuelto en pañales, reclinado en un pesebre y despreciado por su pueblo; en esos cánticos de alabanza, que las milicias celestiales por orden del Padre Eterno entonan en su honor repitiendo no bien hace su entrada en el mundo, ¿gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad? ¡Oh poder de la humildad del Niño de Belén! Si el mundo no quiere reconocerle, *in mundu erat et mundus eum non cognovit*, si los suyos no quieren recibirle, el cielo tiene embajadores, que anunciarán á los sencillos pastores el nacimiento del Dios salvador de los hombres, y en el firmamento aparecerá una estrella extraordinaria, que participará á la gentilidad el nacimiento del Rey de los judíos; y las primicias del pueblo judío representadas en los humildes pastores y las primicias del pueblo gentil personificadas en los Magos de Oriente, como atraídas por la fuerza de la humildad del Niño de Belén, se postrarán delante del pesebre, adorarán al Infante divino y les ofrecerán sus mejores dones.

Pero el poder de la humildad de Belén no se limita al tiempo de la aparición de J. C. Desde el pesebre como desde una cátedra predica el Niño Jesús y dice con su ejemplo:

aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y ¡oh Dios mío! ¡cuántos discípulos han asistido á esta escuela! ¡cuántos progresos en la ciencia de la humildad ha producido esta lección! Ahí se han formado los verdaderos humildes: ahí han aprendido los apóstoles aquel gozo con que se presentaban delante de los jueces, porque se hicieron dignos de sufrir desprecios por el nombre de Cristo; ahí se han formado los mártires, los confesores y las vírgenes, todos los cuales se han negado á sí mismos para afirmarse en Cristo. La cuna de Belén ha sido también la cuna de la vida monástica. Cuanta vida activa y cuanta vida contemplativa ha habido y hay en las órdenes y congregaciones religiosas, toda recibe su impulso de la humildad del Redentor. La humildad pues es un principio de fuerza.

Réstanos decir algunas palabras sobre la necesidad de la humildad.

### III

La humildad no es virtud de consejo sino de precepto.

El Evangelio en muchas de sus páginas nos inculca la obligación de ser humildes, para agradar á Dios y salvar nuestra alma. Si no os haceis semejantes á los niños, decía Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, que disputaban entre sí sobre cuál de ellos habría de tener la primacía sobre los otros, no entraréis en el reino de los cielos. *Nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regno coelorum*; el que fuere humilde como este niño, este será el primero en el reino de los cielos.—*Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic major est in regno coelorum.* (1).

Aprened de mí, dice N. Señor en otro lugar, que soy manso y humilde de corazón—y ya nos presenta la humildad con el fundamento de toda exaltación: *qui se humiliat exaltabitur*, ya como un peso que necesariamente hay que soportar: *tollite jugum meum super vos*, ya por último como una condición indispensable para seguirle: *si quis vult post me venire abneget semetipsum*; porque negarse á sí mismo no es otra cosa que humillarse.

(1) Mat. 18—3, 4.

De aquí que los maestros de la vida espiritual han dado á la humildad el nombre de fundamento de las virtudes, porque sin ella no puede haber ninguna virtud sólida y constante. Si quieres levantar el edificio de la santidad en tu alma, dice San Agustín, echa el cimiento de la humildad.

Si esta necesidad de la humildad no fuese preceptuada por el evangelio y reconocida por la piedad verdadera, bastaría el considerar sus ventajas y sus beneficios, para considerarla absolutamente necesaria.

\* \* \*

Todas las ventajas de la humildad se hallan compendiadas en estas palabras con que Jesucristo nos exhorta á imitar la humildad de su corazón: *et in venietis requiem animabus vestris*, y encontrareis la paz para vuestras almas. El reinado de la humildad, en efecto, es el reinado de la paz para el individuo, para la familia y para la sociedad. Paz para el alma, porque no es en los altos montes del orgullo, siempre vecinos del rayo y de las tormentas, sino en los humildes valles donde le place al Señor derramar las aguas de su santa paz y de sus divinos consuelos. No hay paz donde no reina Dios por su gracia, y Dios detesta á los soberbios, que con su exaltación, pretenden arrebatarse á Dios la gloria que á Dios solo se le debe, porque es él solo santo y el solo altísimo, mientras que se digna morar en las almas, que considerándose delante de Dios, como nada, á Dios dirigen toda la gloria. ¿Véis á esas almas que ni se abaten en los días de las contradicciones y de las amarguras, ni se engrienen en los días de la prosperidad y de las alabanzas, que lo mismo se elevan hasta las alturas de los tronos cuando allí las llama los intereses de la religión ó de la humanidad, que descenden hasta la choza del pobre, cuando reclaman su asistencia el enfermo ó el menesteroso? siempre tranquilas, siempre dueñas de sí mismas, son las almas verdaderamente humildes, que solo buscan á Dios en todo y que esclaman con el Apóstol aun en medio de sus tribulaciones: *superabundo gaudio*, estoy lleno de gozo.

¿Qué tormentos, por el contrario, no destrozan el corazón del soberbio? Antes contaríamos las olas del Océano en lo más

recio de la tempestad que los movimientos tumultuosos de un alma dominada por esa terrible pasión. Testigo de esta verdad fué Voltaire, este impío filósofo, el que más disfrutó de su renombre, aunque menos digno, el que vió su estatua coronada en el teatro por la mano de todas las artes, el que recibió las delirantes aclamaciones de todo París, nos ha revelado el suplicio de su alma vana y soberbia, escribiendo á sus confidentes hacia el fin de su larga carrera estas palabras significativas: *las amarguras y los sufrimientos han marcado todos mis instantes*, añadiendo que por algunos ramos de laurel que ciñeron su cabeza, treinta coronas de espinas la habían desgarrado atrocemente. La soberbia pues es un elemento de perturbación para el alma, así como la humildad es la pacificadora de los corazones: *et invenietis requiem animabus vestris*

\*  
\*\*

¡Qué cuadro tan hermoso nos ofrece la familia cristiana, cuando en el hogar doméstico reina la humildad! allí todo es paz sin perturbación, allí todo es unión de voluntades, allí cada miembro ocupa su lugar y desempeña sus funciones propias sin estorbarse unos á otros, hay autoridad y cariño en los padres, obediencia y amor en los hijos, lazo de unión entre los hermanos, los amos mandan con prudencia y con dulzura y los criados obedecen no ya por temor si no por conciencia; es que en ese hogar preside la imagen de Jesucristo, y se aprende la lección que nos da cuando señalando á su pecho nos dice: aprended de mi que soy manso y humilde de corazón. Por el contrario ¿qué cuadro tan triste y repugnante nos presenta la familia dominada por el espíritu de la soberbia? disensiones entre los consortes, reyertas entre los hermanos, debilidad ó despotismo en los padres, desobediencias y libertinaje en los hijos... todo es desorden y perturbación

No está pues la felicidad, que en esta vida puede alcanzarse, ni en las alturas de la grandeza, ni en las comodidades y placeres que proporciona la rica posición; hay familias que morando en regios alcázares viven devorando grandes amarguras y en medio de serios disgustos que convierten el hogar en un campo de batalla, siendo á veces los hijos un martirio

para los padres ó estos un tormento para los hijos. ¡Cuánto envidian la paz y tranquilidad que á veces se disfruta en la morada del pobre en medio de mil privaciones y sacrificios! Es que allí falta la humildad que aquí reina.

\*  
\*  
\*

Si de la familia pasamos á la sociedad, nos veremos precisados á reconocer, que el principio y la causa de todos los males que lamentamos hay que buscarlos en la falta de la humildad ó sea en la soberbia. Esas guerras desastrosas, que arman á los pueblos contra los pueblos y cuestan á la humanidad tanta sangre y lágrimas tantas; esas espantosas revoluciones y grandes catástrofes sociales ¿quién las promueve y las alienta sino la ambición de conquistas, el furor de una pasión desordenada, la soberbia, en una palabra? Despiértase el orgullo en el fondo del corazón del hombre, resuenan en sus oídos las palabras de libertad, igualdad é independenciam, y al punto las pasiones sublevadas responderán al llamamiento; entonces se cumplirá la palabra del Profeta: el hombre se volverá contra el hombre, el pobre contra el rico, el criado contra el amo, el plebeyo contra el noble, y resonará esta palabra de rebelde protesta; no más jefes ni en el Estado, ni en la Iglesia, ni en la familia y las relaciones de dependencia y autoridad, que mantienen el equilibrio de la sociedad, se romperán violentamente, y todas las ambiciones desencadenadas se harán una guerra de esterminio y horrorosa tempestad agitará las entrañas de la tierra.

¿Queréis saber, ahora, los estragos que hace el orgullo en la sociedad espiritual? Recorred la historia de los cismas y de las heregías, que han desgarrado el seno de la Iglesia, y no encontraréis la causa de tantos trastornos, sino en la terquedad de un sectario, en la obstinación de un heresiarca, que ha preferido romper la unidad y dividir la túnica inconsutil de Jesucristo, á retractarse de sus errores y á someter su razón individual á la razón y á la autoridad legítima. Si en el siglo XVI un fraile tristemente famoso hubiese permanecido fiel á la primera virtud de su profesión, á la humildad, no se hubiera turbado la paz de la Iglesia, ni se hubiera ensangrentado Europa con tantas guerras, ni dejarían de formar parte de la

herencia de Jesucristo grandes iglesias, hoy ramas secas separadas del catolicismo, estériles é incapaces de producir frutos de santidad para la vida eterna.

¿Y no es orgullo, por último, el que ha producido todos esos sistemas modernos, sistemas monstruosos subversivos de toda religión, de toda moral y de toda sociedad?

Si pues tantos estragos produce la soberbia en el individuo, en la familia y en la sociedad, confesar debemos que la humildad es de necesidad absoluta, no solo para ir al cielo sino para vivir en paz en la tierra.

Dirijamos, pues, amados hermanos é hijos queridos, nuestros pasos hacia la escuela de la humildad, que se encuentra en Belén. Sigamos las invitaciones que nos hace la Iglesia nuestra Madre en este tiempo de Adviento: preparad los caminos del Señor, llenad vuestras almas de la santidad; *omnis vallis implebitur*; humillad los montes de la soberbia: *omnis mons et colles humiliabitur*; dejad los caminos ásperos y tortuosos del error y del vicio y seguid las sendas rectas y llanas de la verdad y de la virtud: *erunt prava in directa et aspera, in vias planas*, y así tendréis la dicha de ver á la salud de Dios: *et videbit omnis caro salutare Dei*. Esta es la disposición que la Iglesia nos pide para recibir dignamente al Dios Salvador.

Vayamos así á Belén y hallaremos como nos dice San Bernardo mucho que admirar, mucho que amar y mucho que imitar, y pudiéramos añadir mucho que aprender porque el Niño infante envuelto en pañales nos enseña los fundamentos de la humildad, el poder de la humildad y la necesidad de la humildad. Vayamos á Belén, pero no olvidemos que la puerta del establo es baja; las frentes soberbias chocan al querer levantarse; en bajarse no se corre peligro, antes bien es el medio seguro de elevarse, porque el Reino de Dios está prometido á los humildes de corazón.

Vayamos nosotros delante, amados cooperadores en el ministerio pastoral, vayamos nosotros á la cabeza, venerables párrocos y sacerdotes de nuestra Diócesis, edificando con nuestra conducta humilde, alentando á todos con nuestra predicación persuasiva y allanando los caminos con nuestro celo evangélico, para que todos así conozcan á Jesucristo, imiten á Jesucristo y amen á Jesucristo.

Y para que esta nuestra exhortación pastoral sea provechosa para vuestras almas, pedimos á Dios para todos vosotros los dones del cielo y os damos con toda la efusión de nuestra alma nuestra pastoral bendición en el nombre del † Padre, y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amén.

León 25 de Noviembre de 1905.

† *Juan Manuel*

OBISPO DE LEON

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,

*Manuel González Macías*

*Magistral-Secretario.*

*Esta exhortación será leída por los párrocos en el ofertorio de la Misa pro populo del próximo Domingo.*

---

## CIRCULAR N.º 10

---

Al acercarse la festividad de la Inmaculada Concepción nos sentimos movidos por un afecto de devoción especial á María Santísima en tan sublime misterio y no podemos resistir al impulso de tomar la pluma para dirigir á nuestros amados diocesanos una ligera exhortación.

Trátase de honrar á la Madre de Dios, Reina y Señora nuestra en el misterio en que María aparece siendo hija de Adán según la naturaleza, pero no según el pecado; porque la gracia de Dios, que la previno desde el primer instante de su sér, preservó este fruto de bendición deteniendo con su infinito poder, el torrente de la culpa, que inunda á todos los hijos del primer culpable, realizando con su infinita sabiduría esta maravilla de la creación y derramando su infinito amor sobre ella todos los dones y carismas del cielo.

Misterio íntimamente relacionado con el de la maternidad divina, siendo este un privilegio, que la bondad de Dios concedió á María, manifestando su predilección por ella, mientras que aquel, su inmaculada concepción, es un prodigio que Dios

hizo para proteger su dignidad, pudiendo decirse que Dios escogiendo á María para madre suya, obra en interés de la grandeza y de la gloria de María, pero preservando á María del contagio universal del pecado, porque había de ser su Madre, obra en beneficio de sí mismo, de su propia grandeza y de su propia gloria; es el Altísimo arreglando de una manera digna de Él el tabernáculo vivo que había de habitar, adornándolo con todas las riquezas y todas las glorias de su Santidad. *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.*

Es que un Hijo Dios no podía ni debía tener otra Madre que una mujer concebida sin pecado, y una mujer concebida sin pecado no podía tener otro Hijo que Dios.

Así estos dos misterios se enlazan y comprueban.

Tiene pues una importancia especial en nuestros días la celebración de este misterio, porque al proclamar á María Inmaculada, ahogamos y confundimos el grito blasfemo que en nuestros tiempos ha lanzado la impiedad contra la divinidad de Jesucristo. María es Inmaculada como lo ha definido la Iglesia, luego Jesucristo es Dios.

Trátase de honrar á la Inmaculada, Patrona de nuestra España, cuyo misterio se ha esmerado en celebrar siempre con inusitada pompa y solemnidad la nación concepcionista por excelencia.

Todavía parece que resuenan en nuestros oídos los himnos de honor y alabanza con que el año anterior saludamos á nuestra Inmaculada Madre, con motivo de cumplirse el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática, que el Pontífice de la Inmaculada, el gran Pío IX dió de tan soberano misterio.

¿Cómo no recordar con gran fruición de nuestra alma las fiestas con que honró tan fausto acontecimiento la Ciudad de Sevilla, la Ciudad concepcionista por excelencia? Allí rivalizaron las Hermandades durante todo el año jubilar por sus cultos solemnes en honor de tan hermoso misterio, se celebraron numerosas comuniones generales, que edificaron á los fieles, allí se consagraron públicamente en la Catedral once mil niños á la Santísima Virgen, y el acto solemne de la Coronación de Nuestra Señora de los Reyes, seguido de grandísima procesión



con dicha imagen veneranda á la que asistieron las hermandades y asociaciones de la Ciudad y más de treinta comisiones, con sus respectivos estandartes, de la adoración nocturna española, y las numerosas peregrinaciones de los pueblos á la Capilla de los Reyes y la Asamblea nacional y consagración de la Buena Prensa y otros muchos actos importantes que no ocurren á nuestra memoria en este momento, formarán época en los anales concepcionistas de la Ciudad mariana.

Nos que en el mes de la Inmaculada nos encomendamos de un modo especial á María en tan sublime misterio, para que ella nos iluminase y dirigiese en el asunto más transcendental de nuestra vida ¿cómo habíamos de dejar pasar la festividad de María en este año primero de nuestro pontificado, sin hacer uso de nuestro ministerio y autoridad episcopal para que se celebre en nuestra Diócesis con toda solemnidad que sea posible?

A este fin exhortamos á los Sres. Curas para que promuevan los cultos que las circunstancias permitan, en honor de María Inmaculada, ya organizando novenas ó tríduos para preparar á los fieles á la celebración de la festividad, procurando que en dicho día tenga lugar una Comunión general en honor de María Santísima, ya fomentando la piedad de las asociaciones de hijas de María, de jóvenes de la Inmaculada Concepción y de San Luis Gonzaga, ó procurando establecerlas donde sea posible.

Con el fin de que estos cultos sean más solemnes autorizamos el que pueda en ellos manifestarse á su Divina Magestad, y para excitar más la devoción á María concedemos cincuenta días de indulgencia á cada uno de nuestros diocesanos, por cada vez que asistan á alguno de los actos públicos de devoción, que se celebren en honor de la Inmaculada con motivo de la próxima festividad.

Por último, es nuestro deseo que todas las casas de los católicos ostenten colgaduras, desde la víspera del día de la Inmaculada á las doce, hasta la tarde de la fiesta y que se iluminen por la noche.

Nunca nos excederemos en obsequiar á la Madre de Dios y Madre nuestra, quien siempre nos ganará en generosidad colmándonos con los dones de la gracia y de la gloria.

León 27 de Noviembre de 1905.

† JUAN MANUEL, Obispo de León

## CIRCULAR N.º 11

Hállase establecida en esta Ciudad la Junta Diocesana para la Obra de la Propagación de la fé, y consideramos un deber de nuestro ministerio apostólico, no solo el mirar por su conservación sino también el procurar fomentarla.

La excelencia é importancia de esta Obra nos la predica su mismo nombre. Propagar la fé es llevar el conocimiento de Jesucristo y de su religión, única verdadera, á los que no le conocen y están sentados en tinieblas y sombras de muerte; es acrecentar el reino de Cristo en las almas; es procurar el cumplimiento de lo que con tanta frecuencia pedimos en la oración dominical, al decir «santificado sea el tu nombre»; es cooperar á los deseos del Divino Pastor cuando decía: «tengo otras ovejas que no pertenecen al rebaño de mi iglesia»; *alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile*; es necesario atraerlas á mí y que escuchen mi voz para que haya un solo rebaño y un solo pastor; es, por último, promover la gloria de Dios, santificando las almas redimidas con la preciosa sangre de su Hijo unigénito y aumentando el número de los bienaventurados en la gloria. Este es el fin primario y principal de tan santa obra; pero al mismo tiempo produce también bienes temporales de gran utilidad y transcendencia; porque la propagación de la fé con la predicación de Jesucristo lleva por todo el mundo la civilización cristiana, única civilización verdadera, hace de pueblos salvajes pueblos sociables, de regiones bárbaras regiones cultas. La obra de la propagación de la fé es pues una obra apostólica y eminentemente benéfica para el individuo y para la sociedad.

Admirable es el heroismo del misionero, que renunciando á los intereses materiales y rompiendo los lazos de la carne y de la sangre, á impulsos del celo evangélico, traspasa los mares para propagar la fe en climas ingratos y en medio de pueblos bárbaros. ¡Cuánta gloria para Dios! Cuántos méritos para las almas de esos misioneros, de los que no pocos saben conquistar con la del martirio la eterna é inmarcesible corona del cielo! Pues bien, ya que Dios no nos llama á empresas tan grandiosas, porque el heroismo es de pocos, todos podemos cooperar

á la propagación de la fe, todos podemos participar de tan ricos méritos haciéndonos misioneros de oración y de limosna.

A esto tiende la obra de la propagación de la fe, y con este fin se han establecido las Juntas diocesanas, encargadas de recolectar las limosnas que se destinan á conquistar territorios para la Iglesia y almas para Cristo.

Por hoy nos limitamos á reorganizar la Junta en esta Diócesis, Junta que hemos tenido á bien constituir en la forma siguiente:

Presidente.....	D. Rogelio Cañas.
Vicepresidente.....	D. Eusebio Campo.
Secretario ... ..	D. Isaac Martín Granizo.
Vicesecretario... ..	D. Amancio Saldaña.
Tesorero.....	D. Joaquín Ruíz.
Vicetesorero.....	D. Ignacio Cámara.

Esperamos que estos señores se dignarán aceptar este honroso cargo que se les designa para gloria de Dios y bien de sus almas.

El Domingo 3 de Diciembre festividad de S. Francisco Javier, patrón de esta obra de propaganda, á la hora de las doce se celebrará en este Palacio Episcopal Junta general á la que deberán asistir también todas las señoras que pertenecen á esta asociación.

León 28 de Noviembre de 1905.

† JUAN MANUEL, OBISPO DE LEÓN.

---

## BENDICIÓN PAPAL

---

S. S. Iltma. en uso de facultades extraordinarias que le han sido concedidas y deseando proporcionar á los fieles todos los bienes espirituales que están en su mano, ha dispuesto dar la expresada bendición Apostólica, después de la Misa Pontifical, que, Dios mediante, habrá de celebrar el día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, en la Santa Iglesia Catedral,

esperando que los fieles sabrán aprovecharse de tan singular gracia, disponiéndose con los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión para lucrar la indulgencia plenaria.

León, 29 de Noviembre de 1905.

Dr. Manuel González,  
Magistral-Secretario

---

## SECRETARIA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO DE LEÓN

---

Próxima la fecha de remitir á su destino la Colecta diocesana para atender á las apremiantes necesidades de la Santa Sede, rogamos á los Sres. Párrocos y demás encargados de la cura de almas procuren promover entre sus feligreses la caridad en favor de tan benéfica obra é ingresar lo antes posible, en la Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado las sumas recaudadas.

León, 29 de Noviembre de 1905.—DR. MANUEL GONZÁLEZ,  
Magistral Secretario.

---

Obras predicables del Dr. D. Francisco Sánchez Juárez,  
Auditor del Tribunal Supremo de la Rota.

En la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado pueden cuantos deseen adquirir las obras «Sermones Panegírico-Apologéticos» sobre los misterios de la Santísima Virgen y sobre algunas de sus advocaciones; los «Sermones y Homilias de Adviento, Cuaresma, Semana Mayor y Resurrección», y el folleto «Bonus Pastor» propiedad del citado autor, cuya popularidad de escritor sapientísimo y elocuente orador sagrado es el mejor elogio y la recomendación más justa de las citadas obras.

Su precio: 6 pesetas cada una, y el folleto 0'75.